

Texto ganador del Quinto Concurso de Cuentos Infantiles de Adiós Cultural

## SIETE VIDAS

Lourdes Aso Torralba

Mamá dice que tengo siete vidas, como Missi, la gata de tres colores que llegó a casa con una pata rota porque la había atropellado un coche. Ese día Missi no se murió porque era la primera vez que estaba cerca de morir y aún le faltaban seis veces más para hacerlo de verdad. Estuvo muy enferma pero ahora es mi mejor amiga. Es a la única que le cuento que tengo miedo porque ya he aprendido a contar y sé cuantas vidas me quedan.

La primera vez fue de vergüenza. Y morir de vergüenza es horrible. Te sube muchísimo calor por la cara. Te pones colorado. Te faltan las palabras. Y quieres desaparecer para siempre. A mí me pasó cuando me miró Lucas porque me había olvidado de quitarme el pijama. Salí al jardín detrás de Missi y allí estaba él.

-¿Vas a ir así al colegio? -preguntó.

Y yo estuve a punto de morir porque Lucas me gustaba mucho. Y me había visto recién levantada y sin peinar. Con el pijama de ositos más horrible que tengo. Pensé que eso no era lo peor, sino que contara a todos que me había visto.

Fue la abuela la que me dijo que nadie se muere de vergüenza, porque sino, ella se habría muerto una veintena de veces. O un ciento de veces. Y seguía viva.

La segunda vez me morí de miedo. Literalmente. Me temblaban las rodillas y tardé una eternidad en dejar de llorar. Fue cuando me perdí en los grandes almacenes y pensé que jamás volvería a ver a la abuela y a mamá. Que no volvería a casa nunca. Que esos señores con traje negro eran los hombres del saco y venían a castigarme. Mamá siempre me había dicho que no me fuera nunca con desconocidos y yo a esos señores no los conocía de nada. Por eso no quería responder a sus preguntas. Ni como me llamaba. Ni donde vivía. Ni quien era mi papá. Ni qué hacía antes de perderme. Hasta que llegó mamá igual de asustada que yo.

Ese día no nos morimos ninguna de las dos, aunque mamá no paraba de decir

que había estado a punto.

Después de gastar dos vidas yo me sentía igual de bien.

-Ves Missi, no pasa nada. Ya he gastado dos vidas. ¿Y tú?

Missi maullaba y se acomodaba en el regazo para ronronear antes de dormirse. Que yo supiera, él solo había gastado una. Le quedaban seis.

-¿Y qué pasaba cuando agotas todas las vidas? - le pregunté a la abuela.

-Nada, porque entonces serás tan vieja como yo, y cuando uno es muy viejo, se muere.

-Pero yo no quiero que te mueras, abuela -le dije.

-Y no voy a morir hasta que no sea mi hora.

Se me ocurrió que sería buena idea parar todos los relojes. Así nunca llegaría la hora de la abuela. Ni la de mamá. Ni la de papá. Ni la de Missi. Pero llegó el lunes por la mañana y sonó el despertador para ir a la escuela.

La tercera vez que me morí , fue de rabia. Me fastidiaba mucho que me llamaran La Coletas y que los chicos jugaran a darme tirones de pelo porque yo quería escaparme y ellos tenían trincadas mis trenzas. Aunque intenté defenderme con los puños, eran cinco contra una y supe que era inútil pelear. Que lo único que podía hacer era chillar como un cochino a punto de ir al matadero. Chillé tanto que no tardaron en llegar primero el conserje, después la señorita Ana y más tarde el director. Todos se plantaron dentro del lavabo de chicas a la espera de que los cinco chicos dieran su explicación porque yo echaba fuego por los ojos y, si me hubieran dejado, les habría reventado las espinillas. Estaba muy enfadada porque mamá siempre decía que no estaba bien reírse de los demás, ni aprovecharse de alguien más indefenso. Ese día estuve más furiosa que cuando Missi sacaba las uñas y se le erizaba el pelo del lomo. Pero no terminé de morir del todo. La abuela me dijo que por cada vez que uno creía morir, se hacía más fuerte. Y a mí me dio por pensar que por eso la abuela tenía tantos años, porque era tan fuerte como el diamante, que nos había dicho la señorita Ana que era lo más duro del mundo.

De la cuarta vez que me morí, no me olvidaré nunca. Me morí de risa. Y es que cuando llegué a casa, la abuela se había quedado dormida. Como no tenía con quién jugar, se me ocurrió dar una vuelta por la cocina. Dentro de la nevera estaba la

tarta que había hecho mamá para el domingo. Con una capa de nata. Con chocolate. Con galletas y manzana. A la abuela la tarta le gustaba mucho. Me costó un buen rato pintarle un bigote de nata. Ponerle cejas de chocolate y colocarle dos rodajas de manzana como cuando mamá se ponía las mascarillas en la cara para quitarse las arrugas. Después cogí una cucharilla dispuesta a darme el atracón. Me olvidé de Missi y de mamá. De mamá y de Missi. Mamá gritó cuando vio a Missi lamerle la cara a la abuela y la abuela gritó al verse el bigote en el espejo. Reí hasta que me entró dolor de barriga.

La quinta vez que me morí fue de cansancio. Ocurrió durante el verano. Cuando a mamá y a papá se les ocurrió hacer el Camino de Santiago. Pasamos tantas horas caminando que se me hicieron ampollas en los pies. Dolían como condenadas. Y por más que decía que no podía dar un paso más, ellos insistían que ya llegábamos, pero no llegábamos nunca. Treinta kilómetros eran muchos. O al menos a mí me parecieron muchos. Pensé en ese Santiago del que hablaba papá y mamá y no me cayó nada bien. Cuando mamá me dijo que estaba muerto, dije que no me extrañaba, que si había andado tanto como yo, seguro que se había muerto de cansancio. Y que yo no tardaría nada en palmarla si no me dejaban descansar. Dormí muchas horas seguidas y desperté viva.

La sexta vez que me morí, fue de amor. Porque conocí al chico más maravilloso del planeta. Era tan guapo que no podía parar de mirarlo y suspirar. Hasta perdí el apetito y estaba en babia a todas horas. Pensando en él. Sentada en un banco esperando que pasara con su bicicleta. En el recreo sin quitarle ojo de encima. En clase de gimnasia cada vez que daba una voltereta o cogía un balón para encestar. En clase de matemáticas que estaba dos mesas por delante y cada vez que tenía que resolver un problema le caía el flequillo hacia el ojo derecho y, aún así, lograba dar con la solución correcta. Yo, desde luego, no daba una. Me gané millones de codazos de Gelen. Un trillón de amonestaciones de la señorita. Y más de una colleja en casa porque estaba muerta de amor y quería morirme si no me decía que me quería. Aunque fuera un poco.

Pero la abuela volvió a decirme que el amor viene y se va. Que a veces no es correspondido o no dura para siempre. Que hiciera el favor de comer porque sino, si

que me moriría de hambre, que yo ni siquiera me había dado cuenta.

La séptima vez que me morí fue de pena. Y esta vez si me morí por esa y por todas las veces anteriores porque morirse de pena es morirse mucho.

Sobre todo porque la que se murió fue la abuela y ya no podía ir a preguntarle si me iba a morir yo y qué pasaba después de haberse muerto siete veces. Fue mamá la que me explicó que la abuela se había muerto de vieja. Lo dijo así porque la abuela tenía casi cien años. Mamá dijo que le había llegado la hora. Y que podía seguir hablando con ella siempre que quisiera porque seguro que me escuchaba. Que dejara de llorar porque sino, la abuela se iba a sacar la zapatilla y me iba a zurrar en el culo.

-¿Missi también va a morirse? -pregunté asustada porque se había hecho muy mayor y le cojeaba al caminar porque le dolían los huesos.

-Cuando sea su hora -respondió mamá.

Se lo dije a la abuela. Que Missi todavía no había agotado las siete vidas. Y que yo, aunque sí las había agotado, no me había muerto todavía.

A la abuela le dio vergüenza morirse mientras dormía, un poco de miedo hacerlo sola, rabia por no haberse despedido, risa al pensar en como la iba a recibir San Pedro, cansancio porque tenía casi cien años, sin haber gastado todo el amor que me tenía y pena porque nos iba a costar un poco aprender a hablarnos en la distancia.

Desde entonces, por las noches miro al cielo y la busco entre las estrellas. La saludo con la mano porque estoy segura de que me sigue cuidando hasta que llegue mi hora.